

Dos hombres: Venizelos y D'Annunzio

I

HAY en Atenas, en el Museo de la Acrópolis, un admirable bajo-relieve. Constituye la gloria de una de esas pequeñas salas silenciosas, en donde se encuentran reunidas algunas de las obras maestras del arte griego, y donde sonríen, con su juventud eterna, las misteriosas Korai, que parecen salir todavía con vida de sus moradas subterráneas. Recuerdo haber permanecido largo tiempo contemplando sus enigmáticas figuras de sacerdotisas. Gustaba de su arcaísmo hierático, pero a pesar del interés apasionado que me inspiraban, acababa por abandonarlas a su secreto taciturno para ir a terminar mi visita ante el bajo-relieve que representa, en un mármol sublime y mutilado, a la Victoria atándose su sandalia.

En efecto, el tiempo no ha respetado a la victoriosa imagen, pero el daño que ha sufrido no la ha privado de su belleza. Si la cabeza de la Diosa ha sido rota por una mano bárbara, su cuerpo expresa en forma magnífica su vida inmortal y divina. Detenida por un instante e inclinada hacia el suelo que hollaba su pie heroico, va a reanudar su marcha audaz tan pronto como haya atado la correa rota. ¿No simboliza la obstinación en el esfuerzo, la perseverancia ante el obstáculo que acaba por sobreponerse a los fracasos momentáneos y a las derrotas provisionales? ¿No enseña uno de los secretos del arte de vencer, que consiste en no creerse nunca vencido? ¿Qué importa que se haya roto el lazo de la sandalia, si manos diestras y pacientes saben atarlo de nuevo sólidamente, y si el talón encuentra en la suela dócil su equilibrio y su punto de apoyo?

He pensado en la lección que nos ofrece la admirable efigie del pequeño Museo de la Acrópolis, al leer en los periódicos la noticia del brusco golpe de fortuna que precipita brutalmente de lo alto del poder, al fondo de la trampa electoral, al gran estadista en cuyas manos Grecia parecía haber puesto sus destinos. Por lo demás, Grecia no había salido perdiendo nada por la confianza que había otorgado a M. Venizelos.

Después de acontecimientos demasiado conocidos para que sea preciso recordarlos, había salido del período trágico por el que acaba de atravesar el mundo, engrandecida y fuerte. Había visto duplicar sus territorios y realizadas muchas de sus esperanzas. Había conocido momentos inquietantes y dolorosos, desgarramientos y

trances, pero también jornadas triunfantes y fructuosas. Había llegado, sin muchas dificultades, a encontrar la salida del laberinto, en cuyas vueltas le guiara el gran cretense, a quien los Dioses confiaron los hilos de oro de la elocuencia persuasiva, de la prudencia inteligente y de la habilidad oportuna. Así parecía que M. Venizelos tenía algún derecho al reconocimiento de sus conciudadanos.

Pero M. Venizelos es de un país en el que la ingratitud política ha dado un ejemplo legendario, y la suerte que acaba de correr le iguala al célebre



GABRIELE D'ANNUNZIO
El poeta-rebelde de Fiume

infortunio, que, desde la antigüedad, sigue siendo el modelo de la renegación popular. No sé si, como Arístides, M. Venizelos era justo, pero era grande, si hay alguna grandeza en haber contribuido al engrandecimiento de la Patria. Como quiera que sea, la obra venizelista se nos aparece como una bella obra de un hombre de Estado, y ha exigido para su realización facultades diplomáticas y gubernamentales poco comunes. M. Venizelos, al tomar el camino del destierro, puede mostrarse orgulloso de lo que deja tras de sí. De la Grecia constantiniana, ha hecho la Grecia venizelista. Queda por saber lo que le valdrá su «reconstitución». Ése es el secreto del porvenir.

¿Será M. Venizelos el hombre capaz de desinteresarse de ese porvenir, o esperará la revancha posible? ¿Guardará rencor al pueblo tornadizo que le ha traicionado, o se mantendrá dispuesto a contestar a su llamado algún día? ¿Sabrá reanudar a su sandalia la

correa rota, como la Victoria del Museo? ¿Asistimos al fin de un gran destino político o solamente a su eclipse? Si la sibila de Delfos pronunciara todavía sus oráculos, iríamos a interrogarla; pero hace largo tiempo que ha desertado de su antro profético y sólo el tiempo nos hará conocer el desenlace de la aventura igual a la de Arístides, cuya brutal peripecia acabamos de presenciar.

II

VIENDO cómo acaba de conducirse Grecia para con M. Venizelos, cabe preguntar cuál habrá de ser la actitud de Italia para con Gabrielle D'Annunzio. He aquí, que, en efecto, toca a su conclusión la heroica y audaz aventura del gran poeta-soldado. Lo que, en su principio, no parecía sino un magnífico y patriótico impulso de cabeza, se ha convertido por la obstinación, por la osadía y por la ingeniosidad de su genial ejecutante, en el triunfo de una idea. Al establecer en Fiume, ciudad libre, su dictadura militar y poética, aquel a quien sus arditi nombran con amor y respeto «el Comandante», ha realizado una de las aspiraciones más queridas de su patria. Ahora, un tratado en buena y debida forma, consagra el estado de cosas que había constituido el poeta con su imperiosa sabiduría. Gabrielle D'Annunzio ha realizado su obra. ¿Cómo acogerá la patria reconocida el regreso de este hijo ilustre? ¿Será tal vez uniéndole activamente a sus destinos políticos? ¿Será concediéndole los honores del triunfo? ¿Entrará Gabrielle D'Annunzio al Parlamento, o subirá al Capitolio?

Pero Gabrielle D'Annunzio no tiene la costumbre de dejar que otras manos que no sean las suyas, arreglen su fortuna. El mismo eligió su vida. ¿Cuál elegirá esta vez, la del hombre público o la del poeta? ¿Irá hacia la acción o volverá hacia el ensueño? ¿Qué voz será la que escuche? ¿A quién consagrará esta admirable vitalidad que existe en él y que hizo, del escritor admirable, al heroico jefe de guerra, estimulador de energías, cuyas hazañas náuticas y aéreas perdurarán legendarias? Porque Gabrielle D'Annunzio, soldado alado, será cantado algún día por los poetas que celebrarán sus audaces vuelos, sus proezas, sus «beffe» y toda la asombrosa aventura que tuvo por desenlace la marcha sobre Fiume ante la vista del mundo estupefacto y con gran trastorno de las cancillerías.

Gabrielle D'Annunzio nos ha acostumbrado a todas las sorpresas. ¿Cuál es la que ahora nos prepara? Es hombre que no nos hará esperar en vano